

Amapolas

Nunca debimos traer ese cuadro a casa. Debí hacerle caso. Ahora pagamos las consecuencias, es demasiado tarde...

Era un día cualquiera de mayo. Ese mismo día, mi familia y yo llegamos a la ciudad de Valdemar, recién mudados debido a mi traslado laboral. Algo curioso sobre el nombre de la ciudad es que no tiene costa. Según me habían contado, se llamaba Valdemar en honor a otra ciudad que fue destruida a causa de una inundación.

La verdad es que en la otra ciudad estábamos bastante bien, todos teníamos nuestra vida hecha ahí, pero no podía dejar pasar esta oportunidad, y un cambio nunca viene mal. Además, teníamos pensado ir haciendo visitas a lo largo del año, ya que la mayoría de los parientes de mi mujer, Sandra, y los míos, Pedro, siguen ahí, y con las nuevas tecnologías no hay problemas para comunicarse a largas distancias.

El sol estaba especialmente brillante, no había una sola nube, los pájaros piaban felizmente, era como si Valdemar nos estuviese dando la bienvenida.

Llegamos a nuestra nueva casa. Era una casa familiar de 2 pisos, bastante grande, con un amplio jardín y una pequeña piscina. Aparte, la casa estaba muy bien situada. Teníamos un parque a dos manzanas; el colegio para los niños, Luis y Julia, a 5 minutos andando; varias tiendas en las calles cercanas y mi trabajo estaba a unos 15 minutos en coche. Mi mujer trabajaba desde casa, así que podía cuidar de los niños y tampoco tenía que buscar un

nuevo trabajo. Sinceramente, estábamos listos para escribir un feliz nuevo capítulo en nuestras vidas.

Los camiones de la mudanza fueron llegando y poco a poco la casa se fue llenando de cajas. Yo empezaba a trabajar en una semana, por lo que no tenía demasiada prisa en desempaquetar todo el mismo fin de semana. Además, ya teníamos todo organizado mentalmente ya que mi mujer y yo habíamos visitado la casa con antelación. Todos dormiríamos en el 2º piso, así que, con ayuda de los hombres de mudanzas, empezamos a subir las camas y los muebles de los cuartos. Básicamente, ese primer día colocamos algunos muebles en su sitio para poder hacer vida.

Por la tarde, varios vecinos se pasaron por nuestra casa para saludar y conocernos, incluso algunos nos trajeron algo de comer, pensando que no tendríamos nada listo para cenar esa noche. Algunos vecinos también tenían hijos, entonces Luis y Julia hicieron nuevos amigos nada más llegar. La verdad es que el jardín era perfecto para que jugasen los niños. Nuestra familia fue muy bien acogida en el vecindario, lo que nos hizo estar incluso más entusiasmados por vivir en esta nueva ciudad.

Pasaron unos días y terminamos de colocar todo lo que nos habíamos traído de nuestra antigua casa, pero aun así la seguía viendo muy vacía. Entonces recordé que uno de nuestros vecinos nos comentó que los sábados suele haber un rastrillo en el que se vende de todo, y pensé: “¿Por qué no ir y buscar algo para decorar un poco más la casa?”. Se lo comenté a Sandra y parecía encantada, así que al día siguiente nos levantamos temprano para ir al mercado todos juntos.

Después de perdernos un par de veces por la ciudad, acabamos encontrando el mercado. Era bastante más grande de lo que me

imaginaba, con montones de puestos, unos más grandes que otros, y de todo tipo. Podías encontrarte desde alguien vendiendo libros hasta alguien vendiendo ropa, o desde alguien vendiendo antigüedades hasta alguien vendiendo remedios caseros de hierbas. Intentamos ir todos juntos, ya que no conocíamos la ciudad bien, pero yo, como además de directo soy despistado, acabé perdiéndolos de vista. Seguramente se habían parado a mirar algún puesto de ropa, o puede que alguno de juguetes, quién sabe. La verdad es que no me preocupé demasiado, pues ambos mi mujer y yo llevábamos el móvil, así que seguí explorando por los puestos.

Vi varios puestos en los que vendían objetos bastante interesantes y que podrían haber servido perfectamente para darle un toque curioso a la nueva casa, pero por algún motivo ninguno terminaba de convencerme. En el momento en el que ya daba la búsqueda por perdida, vi un puesto del que no me había percatado anteriormente, como si hubiera aparecido de la nada. Estaba cubierto completamente y tenía un aspecto muy peculiar. Eso llamó mi atención, por lo que decidí entrar a ver qué se vendía dentro de ese extraño tenderete.

Al entrar me pareció que no había nadie atendiendo, y me dispuse a salir. Pero en el momento en el que uno de mis pies tocó el suelo de la calle, alguien me dijo: “¿Desea algo?”. Me di la vuelta y vi a una anciana, que para ser sincero daba un poco de miedo. No es que su aspecto fuese terrorífico, pero tenía una especie de aura que desprendía oscuridad, algo que no me hacía sentir seguro. Aun así, por no quedar mal, le respondí.

-No, bueno, quería buscar algo para decorar mi casa, pero al entrar no me había parecido ver a nadie entonces iba a irme. Verá, acabo de mudarme y...

-Por aquí puede encontrar lo que busca- me interrumpió la anciana, señalando a un lado del puesto.

Giré mi cabeza y vi unas cuantas baratijas con un aspecto muy antiguo. Ninguna llamó demasiado mi atención, pero justo cuando iba a decirle a la señora que no me interesaba nada, vi un cuadro. Fue como si apareciese de la nada, yo juraría que ya había mirado por ese sitio. En el cuadro se veía representado un valle cubierto de amapolas, con una casita al fondo. Me impresionaron bastante las amapolas del valle, pues estaban pintadas de tal manera que casi parecía que tenían vida. La verdad es que no era nada del otro mundo, pero por algún extraño motivo me vi casi como obligado a comprarlo.

-¿Este cuadro está a la venta?- Le pregunté a la anciana.

-Sí, ¿pero de verdad te atreves a comprarlo?

Esta pregunta la verdad me extrañó mucho, pero hice caso omiso a cualquier pensamiento fuera de lo normal dentro de mi cabeza.

-Claro. Es un cuadro muy bonito y puede darle un aire diferente a la casa.- Le contesté.

-De acuerdo, pero tenga mucho cuidado. Serán 20€.

-Gracias, que tenga un buen día.

-Igualmente... si puedes.- Me pareció oírle susurrar.

Y salí de la tienda, con la pintura debajo de mi brazo. La verdad es que, cuando ya estaba fuera, me paré a pensar y ese cuadro

me recordaba mucho a la casa que tenían mis abuelos en un valle cercano a mi antigua ciudad, tal vez por eso acabé comprándolo. Además, me salió a muy buen precio. Aunque la pintura no valiese nada, el marco era muy antiguo y seguro que tenía más valor.

Cogí mi móvil y llamé a mi mujer para ver dónde estaban.

-¿Cariño? ¿Dónde estás?

-Estoy yendo hacia la salida del mercado. ¿Sabes qué? He conseguido una ganga para decorar la casa.

-¡Qué bien! Nosotros no hemos encontrado nada interesante. Ya nos lo enseñarás cuando lleguemos a casa.

-De acuerdo. Os espero a la salida y volvemos a casa.

-Vale, hasta luego.

Al final, encontré a Sandra y a los niños y nos fuimos todos a casa después de una larga mañana.

Mientras mi mujer hacía la comida, yo fui a colgar el cuadro. Di vueltas por la casa hasta que encontré el sitio idóneo, y lo coloqué.

-Este cuadro en el recibidor queda perfecto, ¿no creéis niños?

-Sí, además es muy bonito.- Me contestó Julia.

El resto del día no pasó nada interesante. Por la tarde fuimos al parque de enfrente de casa con el vecino de al lado y sus hijos, y por la noche pedimos comida a domicilio y nos fuimos todos a dormir.

Sobre las 3 de la mañana, oí ruidos por la casa. Me levanté y abrí la puerta de mi cuarto lentamente, para encontrarme a mis dos hijos en el pasillo.

-Papá, hemos tenido una pesadilla.- Dijo Luis.

-No os preocupéis niños, era solo un sueño. No os va a pasar nada. ¿Queréis que vaya a vuestro cuarto un rato?

-¡Sí!- Exclamaron al unísono.

-¡No gritéis! No queremos que mamá se despierte.

Y fui a su cuarto. Estuve ahí hasta que ambos se quedaron dormidos, y volví a mi cama a descansar.

Al día siguiente, por la mañana, les pregunté a los niños que qué habían soñado, por simple curiosidad.

-Estaba en nuestro cuarto y había una señora sentada en una de las sillas que tenemos. Ella era joven, llevaba toda la ropa negra pero no porque la tela fuese negra. Parecía como si fuese hollín o cenizas. En el sueño, cuando intenté moverme, no podía. Entonces la señora se levantó y se fue acercando hacia mí. Estaba casi a los pies de mi cama cuando me sonrió de una manera extraña que me asustó aun más de lo que ya estaba. Siguió acercándose, y cuando estaba prácticamente a mi lado, me desperté. Pasé mucho miedo, papá.- Me dijo Julia, con una expresión aterrorizada, por el simple hecho de haber recordado aquella pesadilla.

-Yo también soñé algo parecido. – Contestó Luis.

Me quedé atónito. No sabía de dónde podían haber sacado los niños una imagen tan terrorífica como para soñar con algo así.

-No os preocupéis. Como os he dicho esta noche, solo ha sido una pesadilla. No hay nada de lo que tener miedo. – Les expliqué, en un intento de calmarlos y reconfortarlos.

Pasamos el día arreglando la casa y nos fuimos todos pronto a dormir, porque al día siguiente teníamos trabajo o colegio.

Esa noche también me desperté a las tantas de la mañana, esta vez porque mis hijos habían venido a mi cama a despertarme.

-¿Niños? ¿Qué ocurre esta vez? – Les dije con voz adormilada.

-Papá, hemos oído voces que venían del piso de abajo.

-¿Qué? Quedaos aquí con vuestra madre, yo bajo a mirar.

Fui bajando los escalones poco a poco, con sigilo. Inspeccioné todo el piso y la verdad no vi nada, así que volví a mi cuarto otra vez.

-Niños, no había nada abajo. Debieron de ser imaginaciones vuestras, no hay de que tener miedo. Si tenéis mucho miedo, podéis dormir con nosotros.

Y, como pudimos, nos metimos todos dentro de la cama. Estábamos algo apretujados, la verdad, pero teniendo en cuenta lo de esa noche sumado con la pesadilla del día anterior, no quería que mis niños se sintieran inseguros en su propia casa. Además, nos acabábamos de mudar, y no quería que nada más empezar a vivir en un sitio nuevo, tuviéramos que dejarlo.

Esa noche no pude dormir. Me quedé despierto pensando en lo que había pasado estos días, y empecé a crear en mi cabeza lo que cualquier persona pensaría que son simples paranoias. Me surgió la idea de que los niños podían haber visto alguna película de miedo o algo por el estilo sin habérnoslo dicho, y que esa era

la causa de sus pesadillas y delirios. También llegué a reflexionar sobre las palabras de la anciana que me vendió el cuadro: “¿de verdad te atreves a comprarlo?”, “tenga mucho cuidado”... En su momento no me parecieron relevantes, pero ahora todo empezaba a cobrar un extraño sentido. Aun así, la parte racional de mi subconsciente me decía que no eran más que tonterías y lo dejé estar.

A la mañana siguiente me tomé un buen café y llevé a los niños al colegio antes de ir a trabajar. El día no era muy bueno, justo lo contrario al día que llegamos a esta ciudad. El cielo estaba nublado, parecía que iba a llover, hacía “frío” (para estar en mayo), no se veía un solo pájaro volando...

Cuando me puse a conducir de camino al trabajo, empezó a diluviar de repente y bastante fuerte, tal y como ya sospechaba antes. Mientras conducía, el coche empezó a fallar y acabé por perder el control. Los frenos dejaron de funcionar; el volante, bloqueado; las puertas, cerradas. Intentaba desesperadamente hacer cualquier cosa para que el coche respondiera, pero nada parecía funcionar. Vi un coche aproximarse hacia mí a gran velocidad, y pensé: “Me niego a morir ahora”. Y, como por arte de magia, conseguí mover el volante y hacer que mi coche se estrellase contra un árbol. A los pocos minutos llegó la Guardia Civil y llamaron a la grúa para mover mi coche, mientras que a mí me mandaron al hospital para que allí comprobase si tenía alguna herida que no se viera a simple vista.

Mi mujer se presentó en el hospital, y cuando me dijeron que estaba perfectamente me mandaron a casa con ella.

-Cariño, no he tenido el accidente por casualidad.

-¿A qué te refieres? – Contestó ella.

-El coche no me respondía. Se bloqueó todo. Tuve un golpe de suerte y al final pude mover el volante para salir de la carretera. Además, los niños han estado teniendo pesadillas y oyendo voces... desde que ese cuadro entró en casa.

-¿De verdad crees que todo esto es culpa del cuadro?

-Sé que parece algo imposible, pero el puesto donde lo compré era muy extraño, al igual que quien lo atendía. ¿No has notado nada?

Y seguimos con la conversación hasta llegar a casa. En ese mismo instante, cogí el cuadro y lo tiré a la basura. Me daba igual el valor que tuviese el marco, no merecía la pena. Haciendo eso, de alguna manera, me sentí más seguro.

Esa noche, todos dormimos a pierna suelta. No sabía si era por haber sacado el cuadro de mi casa, pero me gustaba pensar que era por eso, básicamente porque ya me había deshecho de él.

Al despertarme al día siguiente, el cuadro estaba justo en el sitio en el que lo coloqué el día que lo compré. Frustrado, cogí un cuchillo y rasgué el cuadro. Para mi sorpresa, justo debajo había otro cuadro, un retrato para ser más exactos. Un sentimiento de miedo me inundó. Los ojos de la mujer del retrato parecían clavados en mí, y me sumí en un sentimiento de impotencia, de no poder hacer nada, de estar bajo su merced. Su espíritu se apoderó de mí.

Fui a la cocina, cogí una cerilla y prendí un fuego. Pronto toda la casa empezó a arder, con mi familia dentro. Recobré el sentido justo después, y la vi. Ella, la mujer del retrato, estaba ahí. Con su mirada nos paralizaba, igual que en el sueño de los niños. En sus ojos se veía que estaba disfrutando, una expresión de felicidad y

maldad en su rostro. En realidad, Dios sabe que yo no fui quien inició el incendio, sino esa mujer, pero de poco me valía. Mi alma, al igual que las de todos los miembros de mi familia, fueron a parar a ese cuadro maldito, atrapados para toda la eternidad. Ella nos asesinó y robó nuestras almas, al igual que había hecho con otros miles de personas desde hace siglos. Las necesita para mantenerse viva, para seguir teniendo fuerza. Al final, conseguí verle un sentido a todo.

La extraña anciana del puesto era la misma mujer del retrato, y era la misma mujer que vieron mis hijos en sus pesadillas. Las voces que oían por las noches eran almas atrapadas pidiendo socorro, implorando libertad, buscando paz y descanso eterno.

Esa mujer fue acusada de brujería y condenada a la hoguera siglos atrás. No debieron haberle hecho enfadar, pues gracias a su brujería sigue viva, y se va alimentando de las almas que roba, atrapándolas en su cuadro. Por mucho que intentes deshacerte de ella, será imposible. En el momento que pone sus ojos en ti, estás muerto. Cuando tiene hambre, cuando necesita energía, el cuadro aparece de una forma u otra y va buscando almas para poder seguir viviendo. Esas almas se convierten en amapolas, y se quedan encerradas en el cuadro para siempre.

Ahora ya es demasiado tarde como para pedir ayuda, no debería haber comprado ese cuadro maldito, no solo por mí, también porque mi familia ha pagado por mi culpa. Tal vez si no lo hubiese comprado, habríamos tenido una vida larga y feliz. Así que ya sabéis, tened mucho cuidado cuando os “enamoréis” de un cuadro de amapolas, porque podríais convertiros en una...